

MARTIN FIERRO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA DE CRÍTICA Y ARTE

OFICINAS: SANTIAGO DEL ESTERO 1072

* * *

DIRECTOR: ALBERTO GHIRALDO

AÑO 1

BUENOS AIRES, 22 DE SEPTIEMBRE DE 1904

NÚM. 29

GOTAS DE TINTA

Ya que eres joven; qué diablos! goza de la vida, como el Taliarco del lirico antiquísimo. Pero ¿qué es gozar de la vida? Se entiende que gozar de la vida es envenenarse la sangre en los burdeles, convertirse en eunuco por el afán de ser demasiado macho. Entonces, si quieres gozar la vida, toma ajeno, ve al hipódromo y pierde tu virilidad en brazos de mujeres fementidas. Cuando te agotes, cástate. Si ni siquiera eres capaz de engendrar hijos escrofulosos é imbéciles, por ley de herencia, haz la vista gorda, que no faltará quien te incruste en medio de la frente el cuerno de la Abundancia, que dijo Varela. No hagas aspavientos. Porque al fin y al cabo también es cierto lo que de los cuernos dijo Wilde. Son como los dientes, amigo. Duelen cuando empiezan á salir. Pero después ayudan á comer.

Eso sí:— estudia á ratos perdidos y consigue un título. Es necesario que seas *dotor*. «Aquí, en este país, hay que ser *dotor*, ó general, ó las dos cosas á la vez, como Victoria. Después, con tu diploma, como eres muchacho de buena familia—porque tu familia va á la Opera con los brillantes que compró cuando se saqueaban los bancos en la época de Juárez—te será fácil ser fiscal, ó juez, ó ministro, ó diputado. Y con ser funcionario público no has de perder un ápice de tu libertad individual, ni porque seas censor se ha de convertir tu casa en la casa de vidrio del patricio antiguo. Si eres diputado, puedes regentear un garito, al cual, si quieres, disfrazarás de club con el nombre de la provincia que dices que representas, lo que no te impedirá sancionar leyes contra el juego. Si eres juez, puedes por la noche tambalearte de vereda en vereda, ir al día siguiente al tribunal con la clamide manchada por el vino de las prostitutas, taparte con el birrete la cabeza, calva por la crápula y no por el estudio, y con gesto de Catón, en nombre de la ley, mandar á los borrachos á la cárcel

* * *

Pero tienes razón, buen hombre. Ante todo, el honor. Pero definamos: ¿que es *honor*? En la vida práctica, el honor es la consideración social. Entonces, si quieres ser hombre de honor, debes tratar de no perder nunca la consideración social. ¿Hay situación más vergonzosa que la de ese hombre que conducen maniatado dos gendarmes, en medio de la bafa de la multitud que le sigue? No le imites, amigo, porque ese hombre ha perdido el honor. Lo ha perdido porque tenía hambre y robó un pan, sin fijarse que el código manda que el que tenga hambre se muera de hambre. No tuvo la suficiente fuerza de voluntad para impedir que el grito del estómago ahogase el grito de la conciencia. Por eso lo llevan á la cárcel. Y está muy bien hecho. Porque el que roba un pan pierde el honor. Y el que pierde el honor debe ir á la cárcel.

Vuelve ahora la vista: ¿Ves ese señor que todo el mundo saluda? Ese señor es un ministro, un hombre que tiene honor, un hombre rodeado de la consideración social. Ese señor no robó un pan porque no tenía hambre. Es cierto que ha participado en todos los grandes negocios de los bancos, en la construcción de puertos y de palacios. Es cierto que se ha hecho millonario á expensas del tributo que paga el miserable sobre el pedazo de pan que lleva á la boca; es cierto que

LOS HUÉRFANOS

su levita ha sido comprada del producto del impuesto que yo pago sobre la burda tela de mis pantalones. Pero ese hombre no debe ir á la cárcel, porque no ha perdido el honor. ¿Acaso porque se sepa que sus millones son robados, se le ha de dejar de saludar en la calle, se le han de cerrar las puertas de los clubs y de los salones, se le ha de retirar la consideración y el respeto? No, buen hombre. Ese señor no ha robado un pan. Ha robado un millón, ó dos millones, ó tres, ó qué sé yo. Pero la pena está siempre en razón inversa de la importancia del delito. El proverbio norteamericano:— el que roba un pan es un ladrón; el que roba un millón de dollars es un genio. El filósofo gaucho dice que las cárceles las construyen los ladrones grandes para encerrar á los ladrones chicos. Y está muy bien hecho. Porque los ladrones chicos deshonran la profesión.



CARLOS J. CLARA.

WIERTZ

BIER-CONVENT CUYO esq. MAIPÚ

BUENOS AIRES

-- DE --

LUZIO Hnos. Y MONTI

Restaurant y Cerveceria • • Salones especiales para familias y banquetes

Atención vegetarianos!

RESTAURANT VEGETARIANO
ÚNICO ESTABLECIDO EN BUENOS AIRES
CALLE 25 DE MAYO 449 (ALTOS)

Acudid á él todos los que deseais una vida sana y alegre.—Fijaos bien que la base de la existencia está constituida por una buena alimentación.

RESTAURANT VEGETARIANO - 25 DE MAYO 449 (altos)
BUENOS AIRES

G. San Germier

POR CINCO PESOS

Se manda libre de porte un surtido de 25 paquetitos de semillas al gusto del comprador, un lindo obsequio y un **Calendario** de las sementeras - - - - -

ALFALFA DE LA PAMPA
Calle Lima 1165 — Buenos Aires

LOS OBREROS CASA FUNDADA EN 1884

DE FEDERICO ROVEDA

ROPA HECHA Y ARTÍCULOS PARA TRABAJADORES
CALLE DEFENSA, núm. 619

NOTA—Nuestra ropa no se desecose. Pida V. catálogo

I. BONANSEA

CIRUJANO—DENTISTA MECÁNICO

Calle Moreno, 990

BUENOS AIRES

Justino B. Lamarque

CIRUJANO--DENTISTA

Ex-Jefe del Consultorio de Odontología de la A. Pública

Horas de consulta: de 8 á 11 y de 1 á 6

Calle Artes 543 Buenos Aires

FOTOGRAFÍA

REFFO

Defensa 861-Buenos Aires

“MARTIN FIERRO”

Semanario Ilustrado de Crítica y Arte

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: SANTIAGO DEL ESTERO 1072

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN ADELANTADA:

EN LA CAPITAL:

Trimestre..... \$ 1.20

Año..... » 4.80

Exterior: \$ 4 oro al año

EN EL INTERIOR:

Trimestre..... \$ 1.80

Semestre..... » 3.50

Año..... » 6.—

Número suelto: 10 centavos—Pronvincias: 15

Agencia de MARTIN FIERRO en el Rosario: Librería de Emilio Sotelo, Córdoba 1288

MARTIN FIERRO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA DE CRÍTICA Y ARTE

OFICINAS: SANTIAGO DEL ESTERO 1072

* * *

DIRECTOR: ALBERTO GHIRALDO

AÑO I

BUENOS AIRES, 22 DE SEPTIEMBRE DE 1904

NÚM. 29

ALGO SOBRE EL JAPÓN

COMPARANDO el peso de los cerebros japoneses con los europeos, *La Revue de Paris* llega á los siguientes resultados:

Un cerebro de niño japonés de nueve á catorce años pesa, por término medio 1235 granos, mientras que el peso del cerebro de los niños europeos es de 1350 granos. Un japonés del sexo masculino llega al máximo de su desarrollo cerebral entre los cuarenta y cincuenta años. Si bien este crecimiento, comparado con el de los europeos, es un poco lento, hay que considerar en cambio, la relación de la talla del japonés con su cerebro, relación que demuestra la superioridad de éste.

El cerebro de los nipones, considerado en relación á su talla, ocupa un enorme lugar en su organismo. Por esta causa, según la mencionada revista, podemos explicarnos perfectamente la maravillosa adaptación de esta raza al progreso intelectual, económico y político.

Comentando estas observaciones, un periodista francés dice:

«Nosotros nos consolamos de esta superioridad, repitiendo que los japoneses brillan sobre todo por su espíritu de imitación que supera en ellos á su espíritu de invención. Pero este consuelo no deja de ser un sueño, cuando consideramos el éxito cada vez más creciente de las patentes de invención establecidas por la ley de 1855. El primer año, fueron depositadas sólo 99 patentes, pero, al año siguiente, se contaron 205 y los otros años, respectivamente, fueron aumentados así: 605 y 871, hasta que en el año pasado llegaron á 1024. Los japoneses, pues, le han tomado gusto á la originalidad.»

Esta última picante ironía genuinamente *gauleuse*, está dirigida á la soberbia de la raza europea, que orgullosamente se había proclamado hasta hace poco la más inteligente del mundo, así como la antigua doctrina antropocéntrica y egocéntrica colocaba á la miserable hormiga hombre y á la Tierra en el centro del Universo.

La guerra que actualmente está ensangrentando una parte del mundo, ha hecho dirigir la atención de los sabios hacia el olvidado Japón, y recién ahora, con una estupefacción tremenda, se ha venido á notar que el «despreciado amarillo» es un hombre como nosotros, superior á nosotros quizás.

Y sin embargo, cuán digna de estudio es la vida de esa raza! ¡Qué hermosas lecciones pueden aprender los pueblos modernos de la historia y de la evolución social, política y económica de una nación que en treinta años recorrió, en el camino de la civilización, el trecho inmenso que la Europa recorrió en cinco centurias!

A principios del siglo XIX, en el Japón reinaba el feudalismo, y toda su opresión bárbara se hacía sentir sobre el pueblo. Mito, había sembrado, desde hacía tiempo, la rebelión entre las masas, y en el año 1853 se desencadenó sobre el Japón una de las revoluciones más formidables que haya visto la historia. En varios años la hoguera revolucionaria destruyó hasta los cimientos del antiguo feudalismo. Se incendiaron más de treinta mil casas; murieron á millares de hombres y mujeres y niños; los templos fueron destruídos, y parecía que aquel huracán de catástrofe no iba á dejar al final, en pie ni un hombre ni una cosa en el Japón...

Al fin, la revolución, como todas las revoluciones justas, triunfó. Y enseguida la evolución más portentosa que la historia constata, se verificó en la vida social, política y económica de aquel país.

En el término de treinta años, aquella nueva sociedad purificada con el baño de sangre de una revolución, se elevó rápidamente, maravillando á los humanos ojos con la multiplicidad y la espléndidez de sus frutos de ciencia, de arte, de civilización. Y hoy, se ha puesto, junto con las naciones europeas más adelantadas, á la vanguardia del progreso. El Japón hoy posee todos los adelantos de la ciencia y de la industria; ha aventajado á todas las demás naciones en el estudio de la biología; sus artistas son los más originales del mundo; sus pedagogos han llevado la ciencia de la enseñanza hasta un admirable grado de adelanto, y á sus escuelas concurren ocho millones de niños...

Hay en esta pasmosa evolución histórica, un inmenso problema cuya solución ha de abrir nuevos horizontes á la ciencia de la sociología.

Mientras tanto nosotros los revolucionarios podemos adelantar una afirmación fundamentada en los hechos. ¿Les será quizá permitido ahora á los «iltusos utopistas» hablar de un *próximo* porvenir donde haya mucha más felicidad que la que ahora existe? ¿Podrán reirse de nosotros los reaccionarios cuando les pongamos frente á los ojos el ejemplo del Japón que en tres décadas ha dado, impulsado por el resorte de una revolución tremenda, el salto prodigioso que lo llevó desde la más negra barbarie hasta las líneas más avanzadas de la civilización?...

A los gritos de ¡mueran los bárbaros! se hizo la gran revolución japonesa que generó la esplendorosa civilización actual del país del Sol Naciente. Los modernos señores feudales del Occidente no tardarán en oír el ¡mueran los bárbaros! que echará abajo su poderío odioso.

EDMUNDO BIANCHI.

Que el señor D. N. N,
Actual empleado del Puerto,
Ande en coche descubierto,
Cuando solamente tiene
Un sueldito, que le viene
Como una guinda á un cañon,
Y asegure, el muy bribon,
Que es honrado hasta el exceso,
—¡A otro can con ese hueso!

Que la bella Encarnación
Ruegue y llore á su marido,
Para que le dé un vestido
De lujosa confección;
Jurando que su intención,
Al tenez: estos antojos,
Es presentarse á sus ojos
Procurando su embeleso,
—¡A otro can con ese hueso!

Que el pobre *Cornelio*, esposo
De una dama que no nombro,
Diga que vá sobre su hombro
El fardo horrible, espantoso,
Del gastadero asombroso
Que se nota en su mujer,
Que siempre lo manda á ver

De lo que trata el Congreso,
—¡A otro can con ese hueso!

Que la simpática Rosa
Viva tendida en la cama,
Con esta y la otra dolama,
Con histérico y nerviosa,
Y que sea *santa cosa*
A su pronta curación
Un palco alto de Colon,
O una polka en el *Progreso*,
—¡A otro can con ese hueso!

Que la monona *Inocencia*
Que andaba el año pasado
Con el corsé desatado
Y escupiendo con frecuencia,
Me pondere la excelencia
De los aires de las chacras,
Diciendo que de sus lacras,
Sanó tan solo con eso,
—¡A otro can con ese hueso!

Que el animal D. *Simplicio*,
El padrasto de Manuela,
Ni sepa encender la vela
Para lacrar un oficio,

Y reciba el beneficio
De llenar una vacante,
Por su *criterio brillante*
O por su *maduro seso*,
—¡A otro can con ese hueso!

Que la divina Constanca
Le pondere á su marido
A un su primo, que ha venido
Ultimamente de Francia,
Y le pida, con instancia,
Que le alquile un cupecito
Para pasear al primito,
(Que mas que primo es *sabueso*)
—¡A otro can con ese hueso!

Me quise una vez casar
Y sintió mi buen olfato,
Que, mas que *liebre*, era *gato*
Lo que me querían dar.
La vieja entró á ponderar
Lo que llamaba *dechao*,
Y me dije:—«Estanislao:
¿Te engatuzarán con eso?»
—¡A otro can con ese hueso!

ESTANISLAO DEL CAMPO.

CONTRA EL MAR

Desilusiones tempranas
que llenan de desengaños
¡no por nada en pocos años
ya tengo un montón de canas!...

Pensar es sólo sufrir,
quien no lucha es un valiente,
y yo... decididamente
vivo sin saber vivir.

Sea ignorancia ó torpeza,
no tiene igual solución
vivir con el corazón
que vivir con la cabeza.

¿Es martirizarse?... bien...
¿Es morir? de todos modos...
¡Bienaventurados todos
los que miran y no ven!

Mi alma, como un espejo,
retrata de tal manera,
que paso la vida entera
arrugando el entrecejo.

¡Cuánta desesperación!...
El mundo es el mar profundo
¡y para encerrar al mundo
sobra con un corazón!...

¡E imaginarse que en él,
cuanto más firme se ahonde,
más se vislumbra ó se esconde
el mendrugo de laurel!...

¡Y reflexionar á solas
en un silencio de bruma,
que para que nazca espuma
deben chocarse las olas!...

Y que algunos denodados,
le oponen, de todas layas,
corazones como playas,
pechos como acantilados...

¡De suerte que no me inspira
vacilación su altivez!
me he visto más de una vez
cuerpo á cuerpo con su ira...

Ni fueron mis ansias locas
ni mis pretensiones vanas,
¡porque si él me saca canas
yo también le saco rocas!

Ni puede el triunfo inclinarse
para mí ni para el mar:
él me quisiera tragar
pero, teme ¡desbordarse!

Y, sí, con traidoras mañas,
el mar consigue vencer...
¡ya sabrá lo que es tener
otro mar en las entrañas!

.....
¡Oh, mundo, cómo intimidas,
cómo hieres cómo azotas!
¡cuántas ambiciones rotas!
¡cuántas creencias perdidas!

Para las almas pequeñas,
los cruzados de las Artes
parecemos estandartes
clavados sobre tus peñas!

FEDERICO A. GUTIERREZ.

LECTURAS

Todas las conquistas sublimes son, en mas ó menos grado, premios de osadía. Para que exista la Revolución, no basta que Montesquieu la presente, que Diderot la predique, que Beaumarchais la anuncie, que Condorcet la calcule, que Arouet la prepare, que Rousseau la premedite: era preciso que Danton la osara.

VICTOR HUGO.

I

Esto—cuento, relato ó lo que vos queráis lector,—es un recuerdo, una nota triste que evoca todo un pasado, horas de infancia feliz, brusca y dolorosamente interrumpida por un girón de sombra.

Los corazones, cuando tienen memoria,—y digo así porque, sin duda, los hay que, en absoluto casi, carecen de tan inapreciable facultad,—no olvidan nunca estas cosas, llegando á producirse raros casos de sensibilidad aumentativa de un solo hecho, siempre que sean ayudados por la labor misteriosa de un cerebro meditativo.

Por ello á medida que el tiempo huye,—diríase como un traidor eterno que hiriéndonos vá á mal—veo surgir en mi imaginación, con rasgos cada vez más acentuados, la figura de la pobre muchacha que en un riente amanecer de primavera, tal como el de hoy, se extinguió voluntariamente, agonizaba en su lecho blanco muy blanco—¡oh glaciales mortajas!—mientras afuera, potente, soberano, parecía que vibraran, en orquestación colosal, las notas de un himno cuyo título podría escribirse repitiendo: Vida! Vida!

II

Ella servía en la casa. Su juventud y su bondad habíale conquistado el afecto y la estimación de la familia á cuyo lado — flor gallarda, por cierto,—fué formándose atando su destino.

Cuando una mala racha azotó el hogar, ella también fué víctima y sucedió entonces que la alegría de sus ojos claros y luminosos, tomó un tinte de melancolía serena, y que el gesto amable de sus labios tuvo la contracción del pesar. Y, alma generosa, reservó para los niños de la casa todo un tesoro de consuelo, derramando como pródiga luz de esperanza que faltó después á su espíritu.

Y entonces ella, la abnegada, la paciente, la bondadosa, que no pudo ser cruel sino consigo mismo, resolvió entrar en la noche del misterio, mariposa perdida en la espesura, luz pálida anulándose en la sombra.

Había temblado ante el desastre. Presintió algo peor que la muerte, vino el ofuscamiento después de la ruda conmoción, no exteriorizada sino vagamente, del ser psíquico, y la visión del porvenir se alzó como un velo de espanto en aquel cerebro, provocando la tragedia.

III

—¿Por qué?

Era el niño que interrogaba; pero la cara de la pobre muchacha, sin color de vida ya, no se movía. Y entonces los ojos hablaron. Y los ojos dijeron: ved, yo me voy como esa aurora.

Y he aquí explicado porque miro con tan amarga melancolía estos rientes amaneceres de primavera. Es que en ellos, con contornos tan netos como los de la realidad misma, surgen ante mi vista todos los detalles de la escena infausta. Y una obsesión me persigue. Aquella faz serena que la muerte arañaba, aquellos ojos,—esos sus ojos, claros y luminosos,— que habían aprendido á mirar tan suavemente y donde, con energía inaudita, se reflejaba un designio incontrastable, flotan—¡oh, yo los veo!—

en la atmósfera transparente, como símbolos del dolor; y me parece entonces que la naturaleza, toda entera, sufre también sonriéndose...

IV

¡Y qué deseos de morir había en aquellos ojos, en esos ojos que hablaban!

Yo moriré, declan, porque hay almas así que están de paso en el mundo, que vienen para irse pronto; están de prisa porque quieren partir sin contaminarse. Y no se detienen. Por eso alejean un instante sobre el suelo y huyen. Se van temprano, así como la mía, para que nada las manche.

Eso declan aquellos ojos mientras la riente mañana filtraba un hilo de luz á través de un vidrio azul, tan azul como el color del fósforo que quemaba las entrañas de la pobre muchacha agonizante...

ALBERTO GHIRALDO.

LECTURAS

«Dejad á los hombres completamente libres, no les mutiléis; ya lo hicieron las religiones. Nada temáis de las pasiones suyas, que en una sociedad libre no ofrecen ningún peligro.

Con tal de que vosotros mismos no abdiquéis vuestra libertad; con tal de que no os dejéis esclavizar por los otros; y con tal de que á las pasiones violentas ó antisociales de tal ó cual individuo opongáis vuestras pasiones sociales, tan vigorosas como aquellas, nada tendréis que temer á la libertad.»

FOURRIER.

“MUSICA PROHIBIDA”

POR

ALBERTO GHIRALDO

(Un volumen de versos con ilustraciones de JUAN HOHMANN)

PRECIO: 1 \$ ^m/_n

En venta en las librerías y kioscos de la capital

Pedidos á la Administración de MARTIN PIERRÓ

1072, Calle Santiago del Estero, 1072

CUENTO DEL TIO QUE FUNCIONA LIBREMENTE



—Una limosnita por dios, para el corazón de Jesús, Nuestro Señor que sufre por nosotros....

CARTA Á LA PRIMAVERA

Á G. MARTINEZ SIERRA.

Tus pupilas de azur, y tus mejillas
de pétalos de rosa,
embriagan más que el vino, Primavera.
Tu ebriedad es de aromas.
¿Cuál es como tu beso? ¿Ni qué filtro
turba como tu boca?
¿Qué has vertido en mi alma, Primavera?
En mi alma florece una magnolia
ó el blanco brazo de mujer de un lirio.
Mi pecho es un jardín y tú eres Flora.

El labrador esparce la semilla
y fecunda la tierra generosa;
tú, velos de ilusión echas al mundo,
y fecundas los seres y las cosas:
la tierra da sus ricas esmeraldas,
sus cristalinos velos da la atmósfera,
el cielo su zafir, el ave trino,
y arabescos de encaje nube y onda.
¿Y los pensantes bipedos? Germinan
en el pecho, á tu paso, vencedora,
deseos imposibles, sensaciones
inenarrables y confusas cosas.
Los besos no gustados, las tristezas
nunca sufridas, y el tropel de estrofas
que pugnan por salir de la colmena
del alma como abejas luminosas,
nos tornan suspirantes á la música
del viento en los pinares; á la honda
queja del mar; al viaje de las nubes;
y aun al trino del ave que en la copa
del abedul enriza el venturoso
plumaje y rompe en líricas eglógicas.

Vi, ayer mañana, un barco. Las banderas
al aire. Su camino por las ondas
abriéndose entre záfiro y espumas.
¿A dónde iba ese barco? ¿En cual ignota,
en cual distante playa moriría
su estela opalescente y caprichosa?
¿Acaso entre camelias de Liguria,
ó de la verde Erin sobre las costas?
¿Encallará el navio
en algún banco de coral? La onda
sorberá viajadores tremulentos
que se amarguen con miedo la preciosa
ocasión de morir en las pupilas
el mar azul y la celeste concha?

La nostalgia cayó sobre mi espíritu,
la nostalgia del buque. Y en palma
trocarne quise y desplegar las alas
tras la partida náo voladora,
hacia una tierra antípoda,
hacia una tierra ignota.

Y me puse á pensar: quizás bogaba
el navio á una tierra misteriosa,
al país de quimera donde habita
una desconocida que me adora;
al país donde nacen los laureles
que mi frente ambiciona;
al país donde acaso mi sepulcro
tallarla en eponimo Canova,
y encima del sepulcro mi leyenda
abriría sus rosas.

Encontré, hoy mañana, en mi camino.
una mujer, un hada. Era su boca
un collar de sonrisas; sus mejillas
cual dos melocotones; y sus blondas
y manifiestas trenzas
parecían la crencha de la aurora.
Un ramo de glicinas
espiraba su aroma
prendido en el jubón de la hermosura.
En su blanco sombrero, tornasola
un colibrí, que el alma de perfume
sorbe á unas dalias rojas.
Recogido el enfaldo,
puso ante mí la hermosa
la sensual elegancia de una pierna,
de una ágil pierna mórbida.
Y encontré sus pupilas; sus pupilas
de clara luz fosfórica.
¡Oh, la mirada azul! ¡Oh, la magnética,
celeste claridad del hada blonda!

Ciñó el hada mi alma
de ilusiones. Y el hada vaporosa
á medida que fué desvaneciéndose
fué también deshojando mi corona.
Rotos, ídos los pétalos,
en espinas trocáronse las rosas.

Las espinas me punzan; y librarme
de la injuria sutil y dolorosa
pudiera solamente el hada rubia,
esa misma visión azul y blonda,
mi encanto de un momento, la perdida,
la pasada visión rubia é incógnita.

Amor de lontanzas, pesadumbres,
desasosiegos y quimeras locas
has sembrado en mi alma, Primavera.
Cuándo será que pongas
en mi pecho el amor, el viejo grano,
sal de la vida y alma de las cosas!

R. BLANCO FOMBONA.

LECTURA

Marchad, filósofos, id y enseñad, ilustrad, iluminad, pensad en alta voz, hablad alto, acudid gozosos al gran sol, fraternizad con las plazas públicas, anunciad la buena nueva; prodigad los alfabetos, los primeros rudimentos de vuestra enseñanza, proclamad los derechos, cantad las Marsellesas, sembrad los entusiasmos, arrancad ramas verdes á las encinas. Haced de la idea un torbellino. Esa muchedumbre puede ser sublimada. Sepamos servirnos de esa vasta combustión de los principios y de las virtudes que chispea, que estalla y que estremece á ciertas horas. Esos pies descalzos, esos brazos desnudos, esos harapos, esas ignorancias, esas abyecciones, esas tinieblas, pueden ser empleadas en la conquista del ideal. Mirad á trasluz del pueblo, y distinguireis la verdad. Que arrojen á la hornaza que se funda allí y que hierva esa vil arena que holláis con vuestros pies, y ella se convertirá en cristal espléndido, y, gracias á ese cristal, Galileo y Newton descubrirán los astros.

VICTOR HUGO,

CANTOS RODADOS

Veis un bosque de esbeltos chañares, amarilleando los troncos por la caída de la corteza. El suelo está alfombrado de verbenas, lilas y encarnadas, que trazan macizos colchados, de geométricas figuras desordenadas. Sube de la tierra el reflejo de las flores, y las ramas dicient el encanto de agotarse en un mudo. Seguiré por una red de espinillos, cuyas aceradas púas re-vibran como las mil agujetas electrizadas del puero espin. Un remolino pasa: sus dúctiles vainas se entreabren, y echan á volar las semillas, como una bandada de mariposas enloquecidas de sol. Son las semillas con alas. Giran en la hostilidad del viento, y caen sobre el raso de la hierba, con la ilusión de láminas de nácar. Este es el sitio preferido de los cardenales, que llevan unos penacho rojo, y otros penacho negro. Pasáis entre un vivo gorjeo, que es una charla entre las espinas. Son las aves de la sonrisa. A continuación, el bosque se extiende en un claro de vegetación raquílica, que es como un descanso de la naturaleza á los ojos que habrán de sorprenderse. Las hormigas levantan aquí y allí sus flotantes cabañas, verdaderos panales de tierra, donde la miel es la sal evangélica, que no está expuesta nunca á disolverse. Crúzanse sendas en todas direcciones y doquiera vense desparramadas las hoñigas secas de vaca.

De repente entráis en la sombra vasta y grandiosa. Los himnos se elevan. Las lianas penden en guirnaldas, que vienen abajo como las orilleras de una cortina, entre cenefas de flores escarlatas. Las inmensas copas de los árboles se agitan. El aire se puebla de cánticos. Los gérgenes se ven nacer. . . . Hasta la distancia presenta la serie de los troncos, cubiertos de una hermosa araña verdusca diseada. La luz pasa en bandas de polvorosa púrpura por todos los resquicios, y tiembla con los temblores de un lago inagotable, fulminado por reacciones infinitas. En un punto la serie de los troncos aparece confusamente; después, la simetría se funde en un solo color sombrío, donde sin embargo, palpita el tumulto. Los himnos y las exhalaciones, de igual manera, penetrados en uno solo, vibran é irradian, sonora y magnificientísimamente, con el alma virgen de los campos.

Y de improvviso penetráis al recinto de los quebrachos. Altos y ergidos, se atreven á abandonar en un gracioso balauceo. Luego, ni un rumor. ¡Silencio! . . . La sangre de sus heridas corre en humedad viscosa, ó se cuaja en un cristal lacrimoso. De uno de ellos, cuyo tronco está ahondado, sale de improvviso, hacia la luz, un enjambre de abejas. Nada en el éter su torbellino de oro, gira en vueltas zumbantes y va á posarse en una rama, que cruje al peso de este mágico racimo. . . . Y nada más. Allí las aves no se detienen nunca á cantar. Pasan dando un golpe con sus alas. Diríase que preguntan ¿se puede pasar? Es el sitio del reposo. El bosque en ensueño. La hierba húmeda, crece por igual en un verde obscuro. Unas ascuas, las cocinelas que llevan sobre sus cáscaras de diminutas tortugas, el tinte rojo con perlas negras, ó el azul con chispas de oro, muévense lentamente cual corresponde á su pequeñez, para que sean admirados sus colores. En este espacio se ven desparramados montones de huesos y esqueletos intactos. Duermen un sueño de blancura mientras la tierra avanza con la frondosa gramilla,

destilando el zumo nectáreo de sus antiales formaciones.

Escucháis. . . . se oye un lamento. Las malezas crujen. Aparecen los cuernos de una corza. El animal camina hacia los quebrachos. Su piel está arrugada, sus ojos tienen un velo, sus pies flaquean. Ha sido ágil, arisca, virgen. Hoy lleva el sello de los inviernos. Sus encantos han desaparecido en una languidez enfermiza. La sigue una corzuela de tiernos puones. Al entrar en el pasto acolchado piruetea con cabritillicos brinquillos y balidos. La madre avanza silenciosa, recorre el espacio, observa el paraje, y se recuesta junto al tronco de un quebracho, precisamente en el sitio desde donde se distingue un pedazo del cielo azulado que entra por el ramaje sin reflexiones. Reposa de su ardiente fatiga, cierra sus pupilas á la luz muriente, y en su fondo ve pasar como unas gotitas luminosas, aquel inmenso cariño de madre, durante las primaveras. . . . Se estremece. . . . Diríase que un hilo de lágrimas corre por su faz. . . . La corzuela, alegre retosa, é inunda el lugar de sus inocentes pasenas.

La madre abre los ojos, se agita con una convulsión, y aulla como si le hendieran el corazón de una puñalada. Se retuerce, se crispa; la lengua le sale hacia afuera y la aprieta con los dientes; ¡ya no puede más! Gime, con un gemido que entiene el infinito. Le asalta un acceso terrible. Se desgonza su armadura y las órbitas se le hinchan. La corzuela va en su socorro: le da de cabezadas, la golpea en las ubres, la impulsa, la llama. . . . Ella la mira indiferente. Duplica su ternura lamiéndola. La madre intenta erguirse en un súbito relámpago; tiritá, y queda muerta. La corzuela parece conocerlo, y se pone á llorar con un balido medroso, que llena de angustia como si fuera un llanto casi humano. . . . Entonces se oye á compás una cosa que hasta el momento no se había escuchado. . . . ¡Los quebrachos se han puesto á susurrar! . . .

Córdoba.

JOSÉ MARÍA VELEZ.



La última esperanza

Es el individuo, ó sea en la célula primordial de la sociedad, donde hemos de buscar las causas de la transformación general, según el tiempo y el medio ambiente. Si de un lado vemos al hombre aislado, sometido á la influencia de la sociedad entera, con su religión y su política, de otro veremos al individuo libre que, por insignificante que sea, en el espacio y el curso de las edades, consigue, no obstante, imponer su condición personal sobre el mundo que le rodea y hasta modificarlo de un modo definitivo, por el descubrimiento de una ley, por la realización de una obra, por la aplicación de un procedimiento ó á veces por una hermosa expresión que la ciencia no olvidará jamás.

Distiguir en la historia las huellas de millares y millares de héroes que, con su personalidad, han contribuido de un modo eficaz al trabajo colectivo de la civilización, nos resultaría tarea fácil. La inmensa mayoría de los hombres, se compone de sujetos que quieren vivir sin esfuerzo, como viven las plantas, y que no hacen nada para rehacerse en bien ó en mal contra el ambiente, en el que están sumergidos, como una gota de agua en el Océano. Sin que pretendamos engrandecer aquí el valor propio de los hombres conscientes de sus actos y resueltos á emplear su fuerza en defensa de un ideal, nadie podrá negar que este hombre representa todo un mundo, en comparación de otros mil que viven con el alma embotada y el pensamiento adormecido, sin la menor protesta interior, y que lo mismo se mueven en las filas de un ejército que en una procesión de peregrinos. En un momento dado, la voluntad de un hombre puede contener el desbordamiento y el pánico de todo un pueblo. En la historia de los acontecimientos, se registran las hueras heroicas de muchos hombres generosos; pero la misión de sus existencias consagradas al bien público, fueron más importantes que el sacrificio de sus vidas!

Tratemos ahora de distinguir cuidadosamente, ya que equivocarse es fácil, quienes son los «buenos», con objeto de no incurrir en el pecado de atribuir este don á la «aristocracia», tomada en el sentido usual. Muchos escritores y oradores, sobre todo, los pertenecientes á la clase en la que se reclutan los orientadores del poder, hablan con fruición de la necesidad de crear para la dirección de las sociedades un «grupo, escogido», cuyas funciones serian las mismas que las del cerebro en el organismo humano. ¿Pero qué «grupo escogido» ha de ser ese, inteligente y fuerte á la vez, en cuyas manos debe abandonarse el gobierno de los pueblos? Pues, sencillamente un grupo compuesto de todos los que gozan y mandan: reyes, príncipes, presidentes, ministros y diputados, ensoberbecidos y orgullosos de sus propias personas, contestando á toda objeción sencilla: «Nosotros somos los escogidos, representamos la substancia cerebral del cuerpo político.» ¿Amarga irrisión la pretendida y arrogante superioridad de la aristocracia oficial, creyéndose constituir realmente la aristocracia de la inteligencia, de la iniciativa y de la evolución intelectual y moral! Lo contrario es precisamente lo cierto, ó al menos lo que más cantidad de verdad encierra; en muchas ocasiones la aristocracia tuvo bien merecido el nombre de *kakistocracia* con que Lepoldo de Ranke la trata en su historia. ¡Qué puede decirse, por ejemplo, de la nata y flor de la aristocracia francesa, que recientemente, para salvarse del incendio del bazar de caridad, se abría paso á bastonazos y patadas sobre la cara y el vientre de las mujeres!

Es cierto que los que disponen de medios de for-

tuna tienen más facilidades que los demás para estudiar ó instruirse, pero es cierto también que tienen mucho más medios para pervertirse y corromperse. Un sujeto adulado, como lo ha de ser siempre un jefe, tanto si es emperador, como si es encargado de taller, está expuesto á ser siempre engañado, y por consecuencia condenado á no saber nunca apreciar las cosas en sus proporciones verdaderas. Está expuesto, además por las facilidades que halla para vivir, á no aprender á luchar con el infortunio y á abandonarse egoístamente esperándolo todo de los otros; su situación le empuja hacia la crápula elegante y grosera, y son tantos los vicios que no hay fuerza moral que contenga á un afortunado en su descenso hacia el inmenso piélagos de fango que ellos forman. Y cuanto más se degrada, más grande se cree ante sus propios ojos por las adulaciones interesadas: una vez descendido hasta el bruto, puede creerse *Dios*, y, agitando en el cieno, puede creerse en plena apoteosis.

¿Y quiénes son los que pretenden conquistar el poder para reemplazar á esos privilegiados de la fortuna y dan origen á un nuevo grupo elegido, supuesto inteligente?

Un adversario del socialismo, un defensor de eso que se llama «buenos principios», M. Leroy Beaulieu, nos ha hablado de esta nueva aristocracia en términos que, proveniente de un revolucionario, parecería demasiado violentos y realmente injustos: «Los políticos contemporáneos de todas las tallas y categorías—dice—desde el concejal de ayuntamiento hasta el ministro representan, en conjunto, salvo muy rarísimas excepciones, una de las clases más viles, más ignorantes y bribonas que jamás ha conocido la humanidad. Su única finalidad es fomentar las bajezas y desarrollar todos los prejuicios populares, de los que están poseídos vagamente la mayor parte porque ninguno ha consagrado un instante de su vida á la observación, la reflexión y el estudio.» La prueba de que las dos aristocracias, la que representa el poder y la otra realmente compuesta de los «buenos», no ha podido confundirse nunca, nos lo demuestra la historia con páginas sangrientas. Considerados en conjunto los anales humanos, pueden definirse como el relato de una lucha eterna entre los que, habiendo sido creados en el rango de los que mandan, gozan de la fuerza adquirida por las generaciones y los que nacen llenos de entusiasmo y admiración por las fuerzas creadoras. Los dos grupos de los «buenos» están en guerra y la profesión histórica de los primeros es siempre la de perseguir, la de esclavizar, la de matar á los demás. Los «mejores» oficialmente los dioses mismos, fueron los que enclavaron á Prometeo en una roca del Cáucaso y desde esta época mitológica, fueron siempre los «mejores», los emperadores, papas y magistrados los que encarcelaron, torturaron y quemaron á los innovadores que maldijeron sus obras. El verdugo estuvo siempre al servicio de esos «buenos» por excelencia.

En todas las épocas hallaron sabios prontos á defender su causa. Fuera de la multitud anónima que no piensa en nada y que acepta como buena la civilización rutinaria, existen hombres de instrucción y talento que se convierten en voluntarios panegiristas de lo existente ó en defensores del salto hacia atrás y cuyas concepciones no alcanzan más que á mantener la sociedad con su estado actual é invariable, como si fuera posible contener la fuerza de proyección de un globo lanzado en el espacio. Esos misoneistas que odian todo lo nuevo, no ven más que locos en los innovadores, en los hombres que piensan y tienen ideales, y llevan su

amor á lo existente hasta señalar como criminales políticos á todos los que critican las cosas existentes, á todos los audaces que se lanzan hacia lo desconocido.

Incongruentes en todo, declaran que cuando una idea ha penetrado en el corazón de la multitud, no hay otro remedio que admitirla para evitar que se impongan por la revolución. Pero mientras llega esta revolución fatal, piden que los revolucionarios sean tratados como criminales, que se castiguen hoy actos que serán mañana alabados, manifestaciones de la más hermosa moral.

Esta clase, como toda su pretendida superioridad, hubiera hecho beber á Sócrates la cucuta, hubiera llevado á Juan Huss á la hoguera y

decapitado á Babeuf, aún en nuestros días, porque este innovador sería un gran revolucionario actualmente al lado de los «buenos», los «elegidos» y de los sabios apologistas de unos y otros.

A nosotros nos arrojan á todos los furores de la vindicta social, no porque no tengamos razón, sino porque la tenemos demasiado pronto.

Bien hemos tenido ocasión de saber que nuestro siglo es el de los ingenieros y los soldados y que por lo tanto, todo debe trazarse en línea recta.

«Alineación»: tal es la sabia y enérgica expresión de esos pobres espíritus, que sólo ven belleza en la simetría y la vida en la rigidez de la muerte.

ELISEO RECLUS.

JORGE SAND Y ALFREDO DE MUSSET

III

Venecia 15 de Julio 1834.

Querido Alfredo:

No nos hemos escrito todavía, ni el uno ni el otro, quizá porque ninguno quería ser el primero. E to, no obstante, no impide la muda correspondencia de afecto que nos ligará siempre con sus lazos sublimes para nosotros é incomprensibles para los demás. Me congratulo muchísimo de saber que estáis sano de cuerpo y fuerte de espíritu. Siempre he augurado bien de vuestra salud con tal que tengáis el valor de oponeros á las tentaciones y á los desórdenes que acompañan á vuestro natural demasiado vivo. Cuando estéis rodeado de una docena de botellas de champagne, acordaos del cubo de agua de goma árabe que os hice vaciar en el hotel Danelli, y estoy segura que tendréis el valor de escapar de ellas. Advierto, mi buen Alfredo, amadme como yo os amo.

Vuestro verdadero amigo,

P. P.

Musset respondió á Pagello:

Al mio caro P. Pagello.
Querido mio: estás gentilísimo por haber escrito un poco; digo un poco, porque eso no es nada. Pero por pequeño que sea el papel que me hable de vuestra amistad, ¿en qué momento de mi vida no será bien recibido? La que no puede ser lo mismo es con vuestras recomendaciones sobre el vino de champagne, y no me atrevo á confesar al gran «Salvático Prieto» cuán fundado era el justo reuordinamiento que he tomado á ese artículo de vuestra carta. Pero os prometo que jamás, jamás beberé otra vez esa maldita bebida, sin que me hagáis más reproches.

Jorge me dice que vaciláis en venir aquí con ella; es preciso venir, amigo mio, ó no dejarla partir. Trescientas leguas, son muchas leguas para una mujer sola. Sé muy bien que ella os dirá á eso que es fuerte como un turco; pero yo os diré al oído, y muy bajito que el turco más pesuñito es más fuerte que la mujer más fuerte de Europa. Creedme á mí, que no soy turco, y venid. Os prometo enseñaros, si tenéis curiosidad de verle, uno de vuestros mejores amigos.

Alf. de Mt.

Alfredo de Musset volvió á ver á Jorge Sand en París. Los tormentos de Venecia le cogieron de nuevo. Habla de salir, de poner entre ellos «el mar y las montañas».

En Agosto de 1834, escribe:

El mundo sabrá mi historia; la escribiré, y no servirá quizá á nada. Pero los que sigan la misma ruta que yo verán á donde conduce. Los que vayan sobre el borde del abismo palidecerán quizá oyéndome caer.

Esta será mi misión. No temas jamás que te acuse, porque la cumplí! Tú debes ser mi muerte ó mi vida; tu elección es justa; en ella está hecha la mía.

El día en que salí de Venecia, me diste un día. Parto hoy para siempre, solo, sin un compañero, sin un perro. Ahora te pido una hora y un último beso. Si tienes un momento de tristeza, si mi petición importuna á Pedro, no dudes en rehusarla.

Así fue y se reeducó su pasión.

Como me has conocido niño, crees hoy que soy un hombre. No me engaño por nada ni tengo ni espero nada. Es posible que llegue á la desesperación; pero no es desesperación la que obra en mí, sino yo que la siento, la calculo y qué otro sobre ella. Yo te lo ruego, ni una palabra más, y no temas que se me escape nada. Tú me dices que me engaño en lo que experimento. No; yo no me engaño. Yo experimento el único amor que tendré en mi vida. Te lo digo franca y altamente porque he razonado aquí con este amor día por día, minuto por minuto, en la soledad, y en medio de la gente, desde hace cinco meses, porque sé que es invencible, pero por invencible que sea, mi voluntad lo será más uno de ellos. No te pena en pensar en ello; hace mucho tiempo que lo he pensado yo. Cuando me he arriesgado á verte, había calculado todas las suertes; aquella que ha salido.

SUS AMORES—CORRESPONDENCIA ÍNTIMA.

Le pide una cita, «en mi casa, en la tuya, en el Jardín de Plantas, en el cementerio ó en la tumba de mi padre, ahí es donde yo quiero decirte adiós».

...¿Qué teme? Oh, mi niña, acuérdate de aquella triste noche de Venecia en la que me decías que tenías un secreto. Era que tú creías hablar con un celoso estúpido. No, Jorge, no; es á un amigo, es la Providencia que cambia de repente al hombre á quien hablabas. Acuérdate de eso.

El poeta va á Baden. Su mal, es decir, su pasión, empeora. Escribe una carta, la más bella quizá de su correspondencia desbordante de amor, tampoco «maternal».

...Quiero hablarte solamente de mi amor, ¡ah, Jorge, qué amor! Jamás hombre alguno ha amado como yo te amo. Estoy perdido, lo ves, ahogado, inundado de amor. Ya no sé si vivo, si como, si ando, si respiro, si hablo; sé que amo. ¡Ah! si has tenido en toda tu vida una sed inextinguible de dicha, si es una dicha ser amada, si siempre lo has pedido al cielo, ¡oh, tú, mi vida, mi bien, amada, mira el sol, las flores, la verdura, el mundo! ¡Tú eres amada, dilo, tanto como Dios puede serlo por sus levitas; por sus amantes, por sus mártires! ¡Yo te amo, cuerpo mio, sangre mia! ¡Yo muero de amor, de un amor sin fin, sin nombre, insensato, desperado, perdido! ¡Tú eres amada, adorada, ¡dilatada hasta la muerte! ¡Y no, yo no me curaré. No; yo no trataré de vivir! ¡Yo no, mejor eso, y morir amándote vale más que vivir. No me importa lo que digan de mí. Dicen que tienes otro amante. Lo sé, yo muero, pero te amo, te amo. ¡Quién me impide amar!

Ves, cuando partido, no he podido sufrir, ya no había sitio en mi corazón, ¡te he tenido en mis brazos, oh mi adorado cuerpo! ¡Te he estrujado sobre esta herida querida! He partido sin saber lo que hacía. No sé si mi madre estaba triste, creo que no. La he abrazado y he partido. No he dicho nada. He sentido el soplo de tus labios sobre los míos, y te respiro aún. ¡Ah! Jorge, tú estabas tranquila y dichosa allá abajo. ¿O habías perdido nada. ¿Pero tú sabes lo que es aguardar un beso cinco meses? ¿Sabes tú lo que es para un pobre corazón, que ha sentido durante cinco meses, día por día, hora por hora, perder la vida, el frío de la tumba descender lentamente en la soledad, la muerte, y el olvido caer gota á gota como la nieve; ¿sabes tú lo que es para un corazón encogido hasta caer de lair, dilatarse un momento, abrirse de nuevo como una florecilla moribunda y beber aún una gota de rocío? ¡Oh, Dios mio, yo lo he sentido y lo he sabido, no hacía falta que nos viésemos! Ahora todo ha terminado; yo me he dicho que es preciso revivir, que es preciso tomar otro amor, olvidar el tuyo y tener valor. Ensayar, lo intentaré al menos. Pero ahora, escuchame, amo más mis sufrimientos que la vida; tú me has permitido amarte, tú lo ves, tú te retractarás, eso no servirá de nada. Tú quieres que te ame, tu corazón lo quiere, me dirás lo contrario, y yo, yo estoy perdido. Lo ves, yo no respondo nada.

(Concluirá.)

JOSÉ GALTIER.

CORRESPONDENCIA DE «MARTÍN FIERRO»

C. Obrero, Victoria.—Recibimos importe de tercer trimestre.—M. E. Alvarez, C. Casares.—Recibimos \$ 2; enviamos «Mística Prohibida» y continuaremos sirviendo la suscripción á MARTÍN FIERRO.—H. Cosentino, Equatoria.—Recibida su carta y contenido; enviamos «Mística Prohibida».—Ferrari Giovanni, J. Alvarez.—Enviamos «Mística Prohibida» y MARTÍN FIERRO.—M. Boldaqui, Rio Cuarto.—Idem, idem.—C. Z. de Velázquez, S. Nicolás.—Recibidos \$ 3.20. Fueé «Mística Prohibida».—P. Soaa, B. Blanca.—Recibimos importe de tercer trimestre. Gracias por la felicitación.—A. Ibarra, Rio Negro.—Precio: \$ 10 mensuales. Esperamos importe de la suscripción al segundo trimestre.—M. Perrone, San Pedro.—Recibimos \$ 7.20.—P. Quiroga, Zárate.—Esperamos importe de segundo trimestre.

LA DECADENCIA DEL CESARISMO EN RUSIA

Los *reporters* extranjeros que procedentes de los Estados Unidos ó de Inglaterra logran penetrar en Rusia, están habitualmente provistos de un excelente par de ojos y tienen el sentido del oído excesivamente agudo. Además tienen una habilidad notoria para usar esos dos sentidos tan preciosos para el periodista, y al mismo tiempo que *telegrafian*, como los demás, lo que pueden extraer de la prensa rusa ó lo que los funcionarios rusos tienen la amabilidad de comunicarle, *escriben* también de tiempo en tiempo algunas cartas, que de un modo ú otro, logran hacer llegar á sus diarios, malgrado la vigilancia de los gabinetes negros rusos que abren todo pliego que les parece sospechoso. Inútil decir que existe el contraste más patente entre el texto de los telegramas y el de las cartas de un sólo y mismo correspondiente.

Es de tal suerte que M. H. Munro del *Morning Post*, nos informa que más de la mitad de la población obrera y de la pequeña burguesía de Varsovia manifiestan sus opiniones revolucionarias ostentando una escarapela original—una punta de un pañuelo rojo saliendo del bolsillo de la chaqueta,—y que muchos otros comparten esas opiniones, á tal punto que la aristocrática Polonia háse transformado, durante los últimos años, en un foco de agitación socialista igual en intensidad á cualquier otro de Rusia y sin igual en otros países; focos donde se publican, por medio de numerosas imprentas clandestinas, millones de ejemplares de opúsculos, manifiestos, diarios y otros géneros de literatura revolucionaria.

Es también del mismo modo que el *Standard* recoge de fuente indiscutible, la noticia de que desde el 1.º de Abril al 25 de Mayo último, 1360 arrestos políticos han sido verificados en las tres provincias del Sud occidental: Kieff, Podolia y Volhynia, puestas especialmente bajo la jurisdicción del teniente general Kleigels que, habiéndose particularmente distinguido en el puesto de jefe de la gendarmería de San Petersburgo durante seis años, recibió hace cuatro meses su nombramiento de gobernador de Kieff, con el mandato especial de investigar cualquier cosa que cueste, el fermento de revuelta en su nueva jurisdicción. Apesar de su sobrenombre de «mano de hierro» no parece que haya tenido mucho éxito en su empresa, y la agitación vuélvese cada día más activa y más desconfiada; y no solamente las ciudades, sino también el campo son inundados de literaturas revolucionarias y de «proclamas» denunciando el crimen manchuriano», obra nefasta del despotismo. Los numerosos casos de insubordinación y de evueltas abiertas observados entre los reservistas recientemente movilizados son atribuidos á esas «proclamas».

El mismo diario relataba últimamente que han tenido lugar numerosas ejecuciones clandestinas y sin juicio, de revolucionarios arrestados bajo un pretexto ú otro, en diferentes puntos del territorio; 600 hombres recientemente arrestados en Varsovia en el curso de las manifestaciones de principio de Mayo han sido ahorcados en esa ciudad sin la menor forma de juicio, mientras que, en Moscou, 80 han tenido la misma suerte.

Una comunicación oficiosa del gobierno ruso desmiente esta información. Pero sabemos lo que valen los desmentidos oficiales en general, mientras que los de los ministros del Czar ó del Sultán de Turquía tienen para la opinión pública europea, el valor de una confirmación. Mientras que la Ley de Policía Administrativa, que dá á los funcionarios rusos el derecho de infligir multas, la cárcel, el destierro y el presidio á los adversarios del gobierno que caigan bajo sus manos, quede en vigencia, hará falta otra cosa que desmentidos gubernamentales rusos para anular declaraciones hechas por un *gentleman* inglés.

En efecto la guerra actual ha sido, desde sus comienzos, el de facilitar nuevos alimentos al descontento. El comercio y la industria sufren, desde la apertura de las hostilidades, un estancamiento que no fué nunca igualado. Las bancarrotas se acumulan y algunas, no declaradas aún, sólo son *tapadas* por la situación misma. Así que, en todos los distritos en que reina la ley marcial—es decir, la mayor parte de Rusia—hacer protestar una letra es ilegal, con la circunstancia de que los bancos se refusan á amendar operaciones, á un las más seguras.

No hay que creer que esta marea creciente de descontento y de revuelta no tiene objetivo definido. Los descontentos saben perfectamente lo que quieren; los programas de los diversos partidos pueden variar en cuanto á la forma, pero en el fondo están todos de acuerdo sobre un punto esencial: la supresión del régimen actual de despotismo y de burocracia ávida y tiránica, en provecho de un régimen en que la Libertad tendrán un sitio más ó menos grande.

Y no faltan observadores imparciales, rusos y extranjeros, para declarar que si la guerra dura aún un año ó diez y ocho meses, lo que es mas que probable, una revolución se prepara en Rusia que, en magnitud, igualará á la que, en 1789, batió en Francia el despotismo borbónico. El prestigio del Czar, indisolublemente ligado al de la Iglesia Ortodoxa, vuélvese cada día una cantidad mas ínfima. Contábase con los esfuerzos que Nicolás II hacía, antes de la apertura de las hostilidades, para el manten-

imiento de la paz; decíase que en un Consejo tenido sobre la cuestión, el Czar había exclamado: «Pero ¿soy ó no soy el Czar de todas las Rusias?» Por cortesía no se le quiso contestar categóricamente que *nó!* Pero los acontecimientos se han encargado de indicarle esa negativa y que el puesto de Pedro el Grande, hoy está virtualmente ocupado por una oligarquía de funcionarios, de grandes duques y sicofantes, entre cuyas manos el Czar mismo no es mas que un juguete.

Es el conocimiento cada día más preciso en el pueblo, de esta situación, que hace la tarea de los revolucionarios y reformadores más fácil, y su propaganda más eficaz.

JOSÉ AUFFRET.

Londres, 15 Julio 1904.

“LA OPINIÓN”

De juez inexorable y competente
La sociedad estúpida blasona;
Perdona *Dios*... más ella no perdona
Si es pobre aquel que juzga delincuente.
Si es rico, poderoso é infuyente,
Con el dinero la honradez abona
Porque siendo distinta la persona
Considera la falta diferente.
Lo que resulta en uno denigrante
No censura en el otro ni lo afea;
El vicio es como prenda que al instante
Toma la condición de quien lo emplea;
Si viste un rico el frac es elegante
Si se lo pone un pobre... ya es librea!

EDUARDO M. CARRANZA.

Pabellón 5º—Salón 6º (altos)—Cárcel Penitenciaria.

TIPOS MODERNOS...



Con el paso cambiado.—Uno que piensa... en que la vida es corta, el mundo grande, y las calamidades más grandes todavía.



★ **Bombas**
de
Diafragma

PATENTE

DE LA

EDSON M^{FG} C^O

BOSTON

PARA LA EXCAVACIÓN INODORA
MINAS

DESAGOTE DE POZOS Y PANTANOS

JAGUELES

BAÑADEROS DE HACIENDAS

INCENDIOS, ETC.

**La Bomba más poderosa
á mano**

¡DÁ SIN VÁLVULAS!

Número 4 Trabaja por 2 hombres 23.000 litros por hora

» 3 » » 1 » 15.000 » » »

ÚNICOS IMPORTADORES:

Urien, Shine & Cía.

343 - San Martín - 347

(Frente á "LA NACIÓN")

•• BUENOS AIRES ••

